

# DON MANUEL GUTIÉRREZ DE LA CONCHA: UN GENERAL LIBERAL EN LA ESPAÑA DE ISABEL II

(CÓRDOBA DE TUCUMÁN, ARGENTINA: 3 DE ABRIL DE 1808 - MONTE MURO, NAVARRA: 27 DE JUNIO DE 1874)<sup>1</sup>

FERNANDO FERNÁNDEZ BASTARRECHE  
*Profesor titular de Historia Contemporánea*  
*Universidad de Granada*

## RESUMEN

El artículo enmarca la figura del general Manuel Gutiérrez de la Concha, primer marqués del Duero, en la Historia de España del siglo XIX. Proporciona diversas claves sobre su vida militar y política, desde los ascensos fulgurantes en la primera guerra carlista hasta el levantamiento del cerco de Bilbao y el intento de restauración borbónica en la tercera guerra, frustrado por su muerte en el campo de batalla en junio de 1874.

El autor compara la biografía del marqués del Duero con las de los grandes espadaones de la época: Espartero, Narvaez, O'Donnell, Serrano y Prim, y de la relación con ellos surge su participación en el Partido Moderado y en la Unión Liberal, que le hace presidir el Senado durante seis legislaturas consecutivas. Basándose en sus intervenciones parlamentarias reflexiona sobre su responsabilidad a la hora de estudiar los asuntos públicos, y de su conocimiento en áreas que excedían lo puramente militar.

## PALABRAS CLAVE

Marqués del Duero, guerra carlista, ejército isabelino, Partido Moderado, Unión Liberal.

## ABSTRACT

*The article frames the figure of general Manuel Gutiérrez de la Concha, first Marquis of the Duero, in the history of nineteenth-century Spain. Provides several clues to its military and political life, from dazzling promotion in the First Carlist War to the lifting of the siege of Bilbao and the Bourbon restoration attempt in the third war, frustrated by his death on the battlefield in June 1874.*

*The author compares the biography of the Marquis of the Duero with those of the great swords of the time: Espartero, Narvaez, O'Donnell, Serrano and Prim, and the relationship with them comes their participation in the Moderate Party and the Liberal Union, which makes preside over the Senate for six consecutive terms. Based on their parliamentary interventions reflect on their responsibility when discussing public affairs, and their knowledge in areas that went beyond purely military*

## KEY WORDS

*Marquis of the Duero, Carlist War, military Elizabethan, Moderate Party, Liberal Union.*

Venir a hablar de Manuel Gutiérrez de la Concha, marqués del Duero, a San Pedro Alcántara, no deja de ser un atrevimiento. Sobre todo cuando entre nosotros hay personas que han hablado de él más allá de lo que mis conocimientos me permiten.

Estudios como los publicados por José Luis Casado Bellagarza o Secundino José Gutié-

rez Álvarez, en nuestros días<sup>2</sup>; aproximaciones más alejadas en el tiempo como la del profesor Seco Serrano, o contemporáneas de su muerte, como la debida a la pluma de Vega Inclán, Castro y López, y Astorga en su *Relación histórica de la última campaña del marqués del Duero*, que prologara un gran estudioso de las campañas carlistas como fue Gómez de Arteche, no son sin embar-

<sup>1</sup> Este artículo corresponde a la conferencia pronunciada en San Pedro Alcántara el 11 de diciembre de 2008, como parte de *las Jornadas sobre la historia local de San Pedro Alcántara*, organizada por la Delegación de Cultura del Ayuntamiento de Marbella.

<sup>2</sup> CASADO BELLAGARZA, J. L.: "Apuntes biográficos de Manuel Gutiérrez de la Concha e Irigoyen, primer marqués del Duero", en *Un militar español del XIX. El Marqués del Duero*, San Pedro Alcántara, Hermandad de San Pedro de Alcántara, 2008, pp. 11-22. También *El Marqués del Duero y Cataluña*, San Pedro Alcántara, Hermandad de San Pedro de Alcántara, 2007; GAY ARMENTEROS, J.:

go suficientes para responder a la necesidad de un estudio biográfico que recupere de manera adecuada la figura que hoy nos ocupa.

La suerte del marqués del Duero no es exclusiva. Tenemos grandes carencias en lo referente al conocimiento de estas figuras militares que compaginaron la carrera militar con la actividad política y, en ocasiones, con la económica, ofreciendo un perfil de hombre público extremadamente complejo, cuyo conocimiento resulta necesario si queremos entender cómo nacimos a un sistema constitucional del que somos deudores.

Por supuesto, no pretendo suplir esa carencia. Hay personas más adecuadas para cubrir este objetivo. Mi intención hoy, en estos breves minutos, no va más allá de esforzarme por contribuir al rescate de la memoria del marqués del Duero, situándolo en la época y las circunstancias que marcaron una etapa tan decisiva en nuestra historia como la que transcurrió a lo largo de los tres primeros cuartos del siglo XIX. Con ello, si lo logro, podremos entenderlo mejor y hacer un balance más ajustado a la realidad de su significado.

#### 1. ANTECEDENTES HASTA LA PRIMERA GUERRA CARLISTA

Manuel Gutiérrez de la Concha pertenece a una generación de militares que desempeñaron un papel protagonista en la historia española del siglo XIX, con unas características que responden a dos acontecimientos fundamentales: la primera guerra carlista y el establecimiento de un sistema de monarquía constitucional, representada en los años en que se desarrolla su vida por la figura de Isabel II.

Por supuesto, existen otra serie de características que podríamos llamar menores, que contribuyen a perfilar aún más la personalidad de los miembros de esta generación de generales que definirán con su protagonismo la historia política de los años centrales del siglo.

Concha nace precisamente en 1808, cuando el conflicto contra el francés está a punto de iniciarse. En 1809 nace O'Donnell, en 1810 Serrano y, ya en 1814, Prim. Tres de los grandes espadones que marcarán de manera particular la segunda mitad del reinado de Isabel II.

Anteriores eran Espartero, nacido en 1793 y el único de los grandes espadones que participa en la Guerra de la Independencia; Luis Fernández de Córdoba –nacido en 1798– cuya tem-



Manuel de la Concha, 1849, de Luis Legrand y Julio Donon

prana muerte dejará abierto el camino a Narváez que, nacido en 1799, fue demasiado joven para luchar frente al invasor francés, aunque sí lo hará contra los Cien Mil Hijos de San Luis, jugándose carrera y vida en defensa del constitucionalismo y redimiéndose del ostracismo al que le condenó el absolutismo fernandino a través de la primera guerra carlista.

Posteriores a la generación de Concha serían los artífices del retorno a la dinastía borbónica que Serrano y Prim habían expulsado del trono en 1868: Pavía y Rodríguez de Alburquerque, nacido en 1827, y Martínez Campos, en 1831. Son generales, espadones, cuya intervención en política seguirá unas directrices que marcan una diferencia fundamental en el carácter del protagonismo militar que nos conducirá a los golpes de Estado de septiembre de 1923 y julio de 1936, con unas características netamente diferentes a lo que fue el intervencionismo de nuestros espadones.

La generación de Concha crece y prospera, cuando no muere, en los largos años de la guerra civil de 1833 a 1840. Son militares que,

“El Marqués y su tiempo”, en *Un militar...*, op. cit., pp. 23-36; GUTIÉRREZ ÁLVAREZ, S. J.: “Los agobios económicos del marqués del Duero y el final de una gran propiedad”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 14, 1992, pp. 9-29; SECO SERRANO, C.: “El marqués del Duero y sus estudios de táctica militar”, Prólogo a la obra de Concha *PROYECTO DE TÁCTICA DE LAS TRES ARMAS*, reeditada por el Ministerio de Defensa en 1989. También “Milicia y política: el marqués del Duero. Apuntes para su biografía”, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, CLXXXIX, mayo-agosto 1992, pp. 203-250; GÓMEZ DE ARTECHE, J.: “Introducción” a la obra de VEGA INCLÁN, M. de la; CASTRO Y LÓPEZ, J. y ASTORGA, M.: *Relación histórica de la última campaña del marqués del Duero. Homenaje de honor militar que tributan a la memoria de tan esclarecido caudillo*, Madrid, Imprenta y Litografía del Depósito de la Guerra, 1874.

precedentes en gran parte de familias militares y ligadas a la nobleza, ingresan por lo común a edades muy tempranas en la profesión militar. Doce años tenía Manuel Gutiérrez de la Concha cuando ingresa como cadete de la Guardia Real; diez O'Donnell, como subteniente por real gracia; 12 Serrano. Narváez había ingresado a los 15 como cadete de las Guardias Valonas. Espartero, uno de los pocos entre ellos procedentes de familia humilde, ajena al mundo de las armas y de la nobleza, a los 16 como soldado distinguido voluntario para luchar contra el francés, al igual que lo haría años más tarde Prim, con 19, para luchar contra los carlistas.

Todos ellos, salvo Espartero que combata en la Guerra de la Independencia y Prim que no se incorpora hasta la primera Guerra carlista, hacen sus primeras armas en los años del trienio liberal y de la década absolutista. De esta manera se ven inmersos en las pugnas entre defensores y enemigos de las fórmulas políticas definidas por el absolutismo y el liberalismo. Y aunque su protagonismo es escaso, sí tenemos elementos suficientes como para aceptar su inclinación hacia las tesis liberales, quizá no de manera tan evidente como fue el caso de Narváez enfrentándose en 1822 a sus propios compañeros de las Guardias reales, pero sí con la suficiente evidencia como para sufrir la inevitable persecución política, como sería el caso del propio Concha.

## 2. LA GUERRA CARLISTA Y LA DEFINICIÓN POLÍTICA

Y es en 1833, con edades que oscilan entre los 40 años de Espartero y los 19 de Prim—Concha tiene 25—, cuando la guerra carlista se convierte en el vehículo de una brillante carrera militar, indispensable para la posterior política.

La guerra los convierte en héroes. Todos ellos reciben heridas, condecoraciones y ascensos. Concha será al término de la guerra mariscal de campo, con apenas 32 años. Se habrá distinguido en numerosas acciones militares que, entre otras cosas, le harán merecedor de tres laureadas de San Fernando, y se habrá labrado—como sus compañeros— fama de valiente en un mundo en el que la valentía se demostraba día a día, y en el que las condiciones de vida eran extremadamente duras.

En esta España en guerra, no puede resultarnos extraño que los incipientes partidos políticos, que conspiraban unos contra otros en la corte de la Reina Gobernadora, fijaran sus ojos en los hombres más destacados del frente de batalla, intentando atraerlos a sus filas, deficientes de apoyo social. Un caudillo victorioso era, inevitablemente, el héroe popular que podía arrastrar tras de sí a una población que,

desde la guerra del francés, no se había visto—de manera más o menos directa— libre de una situación de guerra.

Los generales de nuestra generación—los Concha, O'Donnell, Fernández de Córdoba, etc.—no fueron, sin embargo, protagonistas políticos de primera fila en estos años iniciales de la monarquía constitucional. Las grandes figuras, en las que las opciones moderada y progresista del liberalismo pusieron sus ojos, eran los hombres de la generación anterior: Espartero (1793), Luis Fernández de Córdoba (1798) o, en sustitución de éste tras su temprana muerte, Ramón María Narváez (1799). La generación de Manuel Gutiérrez de la Concha desarrollará su carrera política a la sombra de las dos grandes y contradictorias figuras, símbolos del progresismo en el caso de Espartero, y del moderantismo en el de Narváez. Solo pasados bastantes años, y con gran esfuerzo, la generación nacida en los años de la Guerra de la Independencia, alcanzará la primera fila del protagonismo político.

No es el momento de debatir sobre el porqué de las filiaciones políticas de Espartero y Narváez. Pero podemos, si no afirmar de manera categórica, sí al menos hacer conjeturas fiables acerca de la definición política de Manuel Gutiérrez de la Concha.

Por supuesto, estamos en condiciones de afirmar su inclinación hacia el liberalismo de manera evidente, sin las sombras que arrojan dudas acerca del oportunismo de otros espadones.

Pero, aceptada la opción liberal frente a la absolutista, ¿qué lleva a Concha a situarse al lado del moderantismo representado por Luis Fernández de Córdoba primero, y por Narváez después?

Aquí entramos de lleno en el terreno de las conjeturas, a la espera de que un estudio biográfico nos permita disponer de conclusiones demostrables. El profesor Gay Armenteros argumentaba la antipatía de Concha hacia Espartero con Ayacucho al fondo<sup>3</sup>. Los antecedentes familiares de los Concha—su padre Juan Gutiérrez de la Concha y Mazón, brigadier de marina y gobernador intendente de la provincia de Tucumán, había sido fusilado en Argentina en 1810— y la relación que se establecía entre Espartero y los *ayacuchos*, no parecen, en mi opinión, argumento de peso. Mi hipótesis se orientaría hacia las simpatías/antipatías personales y profesionales en el marco de un escenario en el que la rivalidad Espartero/Fernández de Córdoba primero, Espartero/Narváez después, se transfirió del terreno militar al campo de la política.

Esto no quiere decir que Concha fuera por definición liberal moderado. De hecho, su trayectoria posterior nos lo mostrará mucho más

<sup>3</sup> GAY ARMENTEROS, J.: "El Marqués...", op. cit., p. 30.

inclinado hacia las posturas centristas representadas por O'Donnell y su Unión Liberal. Pero debemos tener en cuenta que, en estos momentos de la guerra carlista, la aproximación a las tendencias progresistas o moderadas obedecía más a enfrentamientos personales que a la definición de una ideología concreta.

### 3. LOS PRONUNCIAMIENTOS DE 1841 Y 1843

Lo cierto es que en 1841 encontraremos a Manuel Gutiérrez de la Concha junto a Narváez, O'Donnell y el desventurado Diego de León, asumiendo un papel protagonista en el intento de derrocar a Espartero de la Regencia.

En torno a María Cristina se organizó una trama conspirativa en la que estaban presentes generales como Diego de León, Concha, Borso de Carminati y por descontado, O'Donnell y el implacable Narváez. El proyecto de un primer levantamiento se ramificó pronto por toda España, dando lugar a un pronunciamiento en septiembre de 1841 que terminó en fracaso. Narváez desde Gibraltar, pasando a Andalucía, debía aprovechar la popularidad conquistada en las tierras del Sur por su actuación contra las partidas; Borso de Carminati trabajaría para levantar Zaragoza; O'Donnell, que había conseguido su cuartel para Pamplona, junto con Montes de Oca en Vitoria, esperaban arrastrar a los simpatizantes del carlismo, que se suponía harían causa común contra su vencedor; sin tener en cuenta que Cabrera primero, y don Carlos después, habían dado la consigna de no implicarse en el pronunciamiento. Desde Bourges, donde residía la Corte carlista, no se deseaba la caída de Espartero, cuya política en lo referente a la Iglesia se esperaba provocara una reacción que favorecería el fortalecimiento de la causa del carlismo.

Y en Madrid, Diego de León, Pezuela y Concha preparaban simultáneamente el gran golpe de efecto: asaltar el Palacio real, donde contaban con la colaboración del comandante Marchesi, responsable de la guardia exterior, y secuestrar a las infantas. La consigna era sublevarse a toda costa contando con que, afianzada la sublevación en el Norte –que constituiría su base territorial– y devuelto el poder a María Cristina –de nuevo tutora de sus hijas–, Espartero se enfrentaría a la tesitura de resucitar la guerra civil o resignar la Regencia.

Sin embargo, la decidida oposición que mostró el coronel Domingo Dulce, comandante de los alabarderos de Palacio, frustró el intento de raptó, a la vez que la descoordinación entre los implicados hacía fracasar los levantamientos en las ciudades.

Viendo fracasados sus intentos Pezuela, Concha y León, optan por la huida. El primero, herido y muerto su caballo, se salva gracias a la actitud del coronel que mandaba a los soldados de la Guardia Real que le perseguían. Sabiendo que se encontraba oculto en las cercanías, se dirige a sus hombres en estos términos: “Los soldados de España no son perros de caza. Nos han mandado que recorramos la carretera hasta Villalba; lo que pase fuera de la carretera no nos interesa. ¡A caballo todo el mundo!” Así, Pezuela pudo llegar hasta el deshabitado monasterio de El Escorial, donde el fraile que ejercía de guardián le dio cobijo<sup>4</sup>.

Concha consiguió igualmente escapar de sus perseguidores. Pero no le cupo la misma suerte a Diego de León, que se entregó, convencido de que Espartero no daría la orden de fusilarlo, pese a que las fuerzas enviadas para su captura le instaron a escapar.

O'Donnell consiguió alcanzar la frontera, no así Borso, cuyo fracaso al menos parcialmente, atribuye Baroja en *Juan Van Halen, el oficial aventurero*, a su deficiente conocimiento del castellano que le hizo perder toda autoridad cuando arengó a los soldados diciéndoles: “¡Higos míos: esos empapamientos de acuas serán mañana chorreones de la nostra gloria!”. La misma suerte corrió Montes de Oca, que fue hecho prisionero. Narváez regresó a París, renunciando a levantar Andalucía. La proclamación de María Cristina como Regente, efectuada por el general convenido Urbiztondo en Vergara, el 7 de octubre, quedó reducida a una pantomima.

El frustrado golpe coincide con la estancia de Serrano en Málaga donde se encontraba enfermo; pese a ello se traslada a Madrid al estallar la revuelta, poniéndose bajo las órdenes de Espartero, que le confió la primera división del Ejército del Norte.

Este primer aviso, al que Espartero permaneció sorprendentemente ajeno reaccionando con una inusitada lentitud, tendría en su desenlace final perniciosas secuelas para la popularidad del Regente, ya que sometidos a los tribunales militares los implicados, fueron condenados a muerte, quedando en manos de Espartero conceder un indulto que se daba por descontado si se tenía en cuenta que todos los generales condenados habían sido heroicos combatientes en la pasada guerra civil. No obstante, y pese a las reiteradas peticiones de indulgencia que se le hicieron, Espartero se mostró tan inflexible como en ocasiones similares lo había sido durante la guerra, negando el indulto. Las sentencias fueron ejecutadas y los conspiradores convertidos en héroes de la libertad en la lucha

<sup>4</sup> ROZALEJO, Marqués de.: *Cheste o todo un siglo. 1809-1906*, Madrid, Espasa Calpe, 1936, p. 90.

contra el dictador, que así era como empezaba a ser visto Espartero por sectores cada vez más amplios de la clase política y militar. Entre todos los ejecutados adquirió especial relevancia la figura de Diego de León, “la primera lanza del reino”, cuyo valor ante el pelotón de fusilamiento no fue menor al mostrado en el campo de batalla, convirtiéndose en una de las figuras más relevantes del imaginario romántico de la época. No cabe sin embargo, interpretar como un gesto románticamente desesperado ante el fracaso del pronunciamiento el asalto a Palacio por parte de Diego de León, cuando en realidad se trataba de la pieza fundamental de toda la conspiración cuidadosamente preparada<sup>5</sup>.

El pronunciamiento de 1841 tiene sin embargo una componente sentimental irrefutable: una Reina desterrada, una inocente hija huérfana retenida, y una defensa del Trono en la que se derrochan valor y heroísmo, elementos todos que llevó a calificarlo de “conspiración romántica” y que jugó mucho en la pérdida de popularidad del Regente al que se le asignaba el papel de villano, encerrado en su palacio y rodeado de una corte de aduladores<sup>6</sup>.

Y nuevamente lo encontramos en 1843, cuando alcanza el éxito que marcará el inicio del reinado de Isabel II.

Efectivamente, los conspiradores no se habían desanimado tras el fracaso de 1841. O'Donnell y Narváez, parece que a propuesta de este último, acordaron constituir una sociedad secreta, al estilo de las de masones y comuneros tan en boga en estos tiempos, con el objeto de preparar la revolución política que debía terminar con la Regencia esparterista.

El Consejo Supremo de la “Orden Militar Española”, que así se denominó esta sociedad secreta, se constituyó a principios de 1842, siendo sus miembros, Narváez, Fernando Fernández de Córdoba, Pezuela, Benavides y Escosura, que actuaba como secretario. En Madrid se estableció una sucursal entre cuyos componentes figuraban Fulgoso y Aspiroz, que contaban con el apoyo de *El Heraldo*, redactado por Zaragoza y Sartorius. A la Orden no le faltaron medios de financiación, provenientes en buena medida de la fortuna de María Cristina, aunque también de otras fuentes, entre ellas del marqués de Viluma; y nutrió sus filas con numeroso afiliados, entre los que se contaban muchos jefes y oficiales descontentos con la política de Espartero, así como con políticos, entre ellos Donoso Cortés. La presidencia recayó en O'Donnell que aunque más joven, era superior a Narváez en graduación, y éste prefería que las cosas fueran así, confiando en el ascendiente que tenía sobre el joven general.



Manuel de la Concha.

Grabado de la editorial Felipe González Rojas, Madrid

Hay que admirar el golpe de vista y la astucia de Narváez. Sabe que los progresistas confían en beneficiarse de la fuerza militar que apoya a los moderados, responsables del pronunciamiento militar. Igualmente sabe que Serrano en Barcelona y Prim en Reus, han tomado la iniciativa para imponer su opción, confiados en que él, alma del pronunciamiento, desembarcando en Cádiz tendrá pocas posibilidades de ganarles la mano. Pero Narváez, que intuye la maniobra, pretende entrar por la frontera catalana. Prim difiere el apoyo que le reclama, con lo que sus intenciones quedan claramente al descubierto.

Sin embargo Narváez no abandona —siempre tuvo fama de testadura—. Se traslada a Marsella, alquila un vapor, “Le Rubis”, y el 27 de junio desembarca en Valencia, donde el levantamiento ya había triunfado. Mientras Concha sigue camino para ponerse al frente del levantamiento en Andalucía, Narváez toma el mando en Valencia. El Gobierno provisional no tuvo más remedio que asumir los hechos y el 30 le nombra Capitán General de Valencia.

<sup>5</sup> BUXÓ DE ABAIGAR, J. (Marqués de Castell-Florite): *Domingo Dulce, general isabelino. Vida y época*, Barcelona, Planeta, 1962, pp. 144-146.

<sup>6</sup> FERNÁNDEZ BASTARACHE, F.: *Los espadaños románticos*, Madrid, Síntesis, 2007, pp. 226-229.

#### 4. MANUEL GUTIÉRREZ DE LA CONCHA EN LA POLÍTICA DEL REINADO DE ISABEL II

Hasta aquí podríamos concluir que el moderantismo sería la opción política de Manuel Gutiérrez de la Concha. Pero esto no sería cierto. A comienzos de los años cuarenta no cabían muchas más posibilidades. La rivalidad entre Espartero y Narváez trascendía de lo militar a lo político. No era probable que cualquier otra vía alternativa pudiera tener posibilidades de éxito. Como Concha, O'Donnell, Serrano, incluso el mismo Prim —que acabaría siendo el líder de los progresistas, cuyo símbolo era Espartero—, conspiraban contra éste. Pero eso no significará que en el futuro permanezcan aliados con Narváez de manera incondicional.

La historia de los años siguientes, el cuarto de siglo que permanece Isabel II en el trono, sirven para poner de manifiesto algunas cuestiones claves para entender la figura de Concha.

Ante todo, y revisando su vida tras el triunfo del pronunciamiento que en 1843 puso fin a la Regencia de Espartero, una primera conclusión parece evidente. Si Manuel Gutiérrez de la Concha fue un espadón, lo fue en el sentido estricto que a este término da el Diccionario de la Real Academia: *personaje de elevada jerarquía en la milicia*.

Según esta definición tan generalista, espadones serían todos los generales. Pero en una acepción más ajustada, que no contempla la Real Academia, entendemos por espadón a ese personaje que une, a su elevada jerarquía, el poder y la influencia que le permiten afrontar la aventura de imponer una solución política como alternativa a la existente. Poder e influencia ya es algo que no puede atribuirse a todos los generales, ni siquiera a una minoría amplia. Fueron contados los que realmente alcanzaron esa posición en una sociedad nacida entre guerras. Y ellos, terminadas éstas, serán los protagonistas en la nueva etapa de nuestra historia. De su mano se producirá la transición política del antiguo al nuevo régimen, de su mano reinará Isabel II, como de su mano le vendrá a la infortunada reina la pérdida del trono; aunque luego se lo devolvieran a la dinastía en la persona de su hijo Alfonso.

De entre todos ellos destacan de manera particular cinco: Espartero, Narváez, O'Donnell, Serrano y Prim. Podríamos hablar de otros, qué duda cabe. Luis Fernández de Córdoba por ejemplo, con quien Pabón pensaba que el “régimen de los generales” tuvo su inicio. O el fusilado Diego de León, cuya trágica ejecución se prestaría maravillosamente a la stampa del militar como figura romántica, el mismo halo de tragedia que podría tener la imagen de un Zumalacárregui<sup>7</sup>.

Pero los que pervivieron, los que llegaron al poder, los que incluso renunciaron a él en ocasiones, fueron los cinco mencionados.

Y con ello estoy afirmando que, si bien Concha **hubiera podido**, no tenemos constancia de que **haya querido** ser un espadón en el sentido político del término.

Cierto que lo encontramos simultaneando cargos políticos con sus responsabilidades militares. Lo vemos ocupando un escaño en el Congreso en las legislaturas de 1843 y de 1844-1845. Y desde 1845 es senador, siendo poco después, y como muestra de la confianza que su prestigio militar le había granjeado en la Corte, designado para ponerse al frente de las fuerzas de intervención en Portugal en 1847.

Pero esto es algo normal, que deriva del sistema establecido por la Constitución de 1845 a través del cual Narváez —y este será un mérito personal—, busca la manera de alejar a los generales del pronunciamiento mediante una política que pretendió vincularlos institucionalmente con la Constitución.

Esto se hizo en parte a través del Senado, en el que tenían cabida los generales más representativos normalmente como senadores vitalicios designados por la Reina, al margen de su opción política. Excepto Prim —que no reuniría los requisitos para ser designado senador hasta 1858 aunque sí será diputado—, el resto de nuestros espadones serán senadores vitalicios; incluso Espartero, designado en 1847. La lista de capitanes y tenientes generales es numerosa. Junto a Narváez, Serrano y O'Donnell, encontramos a muchos otros, más o menos conocidos: los Concha (Manuel y José), Pavía y Lacy, Alaix, Infante, el anciano Castaños, Cleonard, Fernando Fernández de Córdoba, Rodil, etc. Indudablemente, la integración de generales como Alaix o el propio Espartero, podía ser un medio de evitar que, desde el exilio, se dedicaran a la conspiración. La experiencia y el sentido común estaban detrás de esta disposición.

Esto forma parte del sistema aunque, por supuesto, no garantiza la permanencia al lado de Narváez. De hecho, éste se había convertido en 1850 en un gobernante autoritario, que prefería gobernar mediante decretos, marginando al Parlamento, y mostrando escasa paciencia con las contrariedades:

“[...] contestaba a ellas con actos de violencia y de arrogancia que labraban cada día su impopularidad en los altos círculos de la política y en la opinión del país. [...] A los que le hacían la oposición en las Cortes, mirábalos como a enemigos personales [...]”<sup>8</sup>

<sup>7</sup> FERNÁNDEZ BASTARRECHE, F.: *Los espadones...*, op. cit., pp. 11-12.

<sup>8</sup> FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA, F.: *Mis memorias íntimas*, Madrid, Atlas. B.A.E., 1966, p. 249.

Este comportamiento hizo que muchos de sus antiguos partidarios, colaboradores suyos en el pronunciamiento de 1843, fueran distanciándose, especialmente O'Donnell, que buscaba una alternativa política capaz de convertirle en líder de una formación política capaz de convertirse en alternativa a la moderada. Y junto a él, políticos y generales entre los que se contaban los dos hermanos Concha, Manuel y José.

No tendrá nada de particular, por lo tanto, que cuando O'Donnell se lance a la aventura de organizar su propio partido, buscando un hueco entre las dos grandes figuras que lideran a moderados y progresistas, Manuel Gutiérrez de la Concha se sume al proyecto, e incluso se beneficie de él. A ello contribuye el alejamiento temporal de Narváez, que abre el proceso de crisis que pondrá fin a la década moderada.

La especulación en torno a las concesiones ferroviarias se convirtió en el caballo de batalla utilizado para derribar a Sartorius. El camino hacia la crisis quedó abierto en la sesión del Senado del nueve de diciembre. Manuel Gutiérrez de la Concha, con su discurso en la Cámara Alta, fue una de las voces que denunciaron las irregularidades cometidas, la sombra de cuya corrupción llegaba hasta la familia real. Sometida a votación la política de estas concesiones, el Gobierno fue derrotado por 105 votos contra 69. Al día siguiente Sartorius optó por clausurar las Cortes. Esta medida, más las represalias adoptadas durante el mes de enero del nuevo año hacia los senadores opuestos a su gestión, entre ellos varios generales, precipitará su caída. Al producirse el pronunciamiento que encabezará O'Donnell, Concha –confinado en Tenerife– regresará a la península para unirse al golpe que derribaría al Gobierno.

De esta forma, cuando la Unión Liberal entre en liza, en sus filas veremos políticos tan significados como Cortina, Ríos Rosas, Cánovas del Castillo o Alonso Martínez, y generales como Serrano o el mayor de los Concha, quien por estos años se beneficiará del proceso desamortizador desarrollado en 1855, incrementando de esa manera su influencia política<sup>9</sup>.

El marqués del Duero se contará entre los que ayuden a subir al poder a O'Donnell tras la renuncia de Espartero en pleno Bienio Progresista, en el momento en que el líder progresista decide retirarse de la política activa a la plácida vida de sus tierras riojanas.

Esto ocurre en un momento delicado, porque muy posiblemente los militares fieles a Espartero estarían dispuestos a levantarse en armas contra esta maniobra política, que significaba entregar la revolución a sectores ajenos al progresismo. Pero Espartero no quiso encabezar la revuelta. Y ante su postura, la única salida era sumarse a O'Donnell antes que permitir que las fuerzas radicales capitalizaran la revolución y la condujeran a unos extremos que el Ejército no estaba dispuesto a asumir.

La resistencia se manifestó en las calles a través de la Milicia Nacional, y en el Congreso, donde un elevado número de diputados se constituyeron en sesión permanente. Los milicianos se apostaron en las proximidades del Congreso dispuestos a defenderlo mientras esperaban en vano que Espartero llegara para capitanear la resistencia.

Las fuerzas gubernamentales dirigidas por O'Donnell, Concha y Serrano –entonces Capitán General de Madrid–, despejaron calles y plazas a cañonazos. La misma suerte corrió el Congreso, donde los diputados fueron desalojados por la artillería a las órdenes de Serrano que con esta acción se hizo merecedor del ascenso a capitán general, al tiempo que dejaba patente su militancia unionista y el abandono del progresismo que con anterioridad había profesado. En Barcelona, como en las demás capitales en las que la resistencia se había alzado, se impusieron igualmente las armas del Gobierno.

No deja de ser curioso, sin embargo, el hecho de que la presencia del mayor de los Concha en los años de gobierno de O'Donnell, nunca llegue a adquirir la importancia política que le hubiera podido hacer merecedor de la consideración de “espadón”. Incluso su hermano José

sería Ministro años más tarde, concretamente de la cartera de Ultramar, y cuando llegue la revolución que en 1868 ponga fin al reinado de Isabel II, será el último Presidente del Consejo de Ministros y el hombre que, tras la batalla de Alcolea, pacte el traspaso de poderes a un general tan versátil

como Serrano, salido de las filas de la Unión Liberal de O'Donnell y, tras la muerte de éste, líder de los unionistas.

Otra cosa es que, dentro de lo que era la línea de funcionamiento político marcada por la Constitución de 1845, y en virtud de su afinidad con O'Donnell, Concha presidiera por seis veces,

*Manuel Gutiérrez de la Concha  
fue una de las voces que  
denunciaron las irregularidades  
cometidas en las concesiones  
ferroviarias, la sombra de cuya  
corrupción llegaba hasta la  
familia real*

<sup>9</sup> MARTINEZ GALLEGU, F. A.: *Conservar progresando: la Unión Liberal (1856-1868)*, Valencia, Centro Francisco Tomás y Valiente, 2001, p. 23.

y en legislaturas consecutivas –desde la decimotercera a la decimotercera– la Cámara Alta.

Pero no hay más. Hasta donde sabemos, no tenemos constancia de que pretendiera hacer valer su autoridad o su prestigio para satisfacer mayores ambiciones políticas.

##### 5. ¿MODERANTISMO O FIDELIDAD A LA REINA?

Incluso, en los años finales del reinado de Isabel II, cuando podríamos considerarle más volcado hacia el moderantismo, su conducta puede ser interpretada desde una perspectiva bien diferente.

Porque a Concha lo vemos reprimiendo el levantamiento de los sargentos del cuartel de

*Manuel Gutiérrez de la Concha fue una de las voces que denunciaron las irregularidades cometidas en las concesiones ferroviarias, la sombra de cuya corrupción llegaba hasta la familia real*

San Gil, que tan duramente castigaría posteriormente O'Donnell, junto a Serrano o al propio Narváez. Pero también nos lo encontramos al lado de la Reina cuando, tras el exilio y la muerte de O'Donnell, y el fallecimiento de Narváez en abril de 1868, decida permanecer fiel al trono, ya inevitablemente entregado

en brazos de la reacción más conservadora, y defender hasta dónde fue posible, junto y bajo las órdenes de su hermano José –accidental Presidente del Gobierno– a una Isabel II que posiblemente no mereciera esa entrega. Delegados los poderes en Manuel, capitán general de Castilla la Nueva, será el marqués del Duero quien negocie y ceda el poder a los revolucionarios el 29 de septiembre.



Féretro del marqués del Duero.

FUENTE: Portada de *La Ilustración Española y Americana*, 8 de julio de 1874



Esta fidelidad hacia la Reina es común a espadones como Narváez o el propio O'Donnell que, incluso cuando ya estaba plenamente convencido de la inutilidad de sus esfuerzos por rescatar al trono de las fuerzas de la reacción, prefiere marchar al exilio antes que pronunciarse contra su reina, como harían Serrano y Prim.

Esto no es óbice para que, instaurada la frágil normalidad revolucionaria, Manuel Gutiérrez de la Concha se mantenga próximo a los espadones triunfantes, aunque no participe del poder de forma directa, aunque sí lo veremos presentándose a las elecciones al Senado, y resultando elegido por la provincia de Málaga, durante el reinado de Amadeo de Saboya.

Precisamente será, como representante del Gobierno, el comisionado que se desplace al puerto de Cartagena para recibir oficialmente al nuevo monarca, lo que significaba la aceptación evidente de la nueva normalidad que pretendía instaurarse mediante el cambio de dinastía.

No fue una tarea agradable, ya que las circunstancias resultaron totalmente adversas. Concha acude a Cartagena porque Prim ha sido herido en el atentado de la calle del Turco. Y es quien, tras los saludos de rigor, debe comunicar al joven príncipe que acaba de recibir un telegrama en el que se daba cuenta de la muerte del hombre fuerte de la revolución que, de esta manera, quedaba huérfana y condenada al fracaso.

Será Manuel Gutiérrez de la Concha quien tras el fracaso de la república federal, marche al Norte, a luchar nuevamente contra los carlistas, convirtiéndose en la esperanza de victoria frente a ellos. Entra con Serrano en Bilbao, liberado del cerco carlista y, nombrado General en jefe del Ejército del Norte, continúa la campaña mientras el duque de la Torre vuelve a Madrid<sup>10</sup>.

Todo parece indicar que en estos momentos, el marqués del Duero tuviera ya tomada su decisión y, quizá por primera vez en su carrera militar, estuviera dispuesto a utilizar su prestigio –notablemente fortalecido por la campaña del Norte–, para poner fin a un período de despropósitos, buscando la ansiada “vuelta a la normalidad”, a través de la restauración de los Borbones en la figura de Alfonso XII, en connivencia con Cánovas del Castillo. No es probable, sin embargo, que estuviera pensando en un pronunciamiento, fórmula

*El marqués del Duero será  
quien negocie y ceda el  
poder a los revolucionarios el  
29 de septiembre de 1868*

que muchos generales consideraban que debía ser evitada si se quería encontrar una alternativa política estable, rompiendo con la tradición anterior.

De cualquier forma, nos inclinamos a pensar que el marqués del Duero habría optado por una nueva línea de intervención. La protagonizada por los generales de la generación siguiente –Pavía y Martínez Campos–, evitando convertirse en líderes de los partidos políticos y buscando, a un nivel mucho más institucional y general que el de los anteriores pronunciamientos, una solución para las desgracias de la Patria.

No pudo ser. Galdós nos lo cuenta:

“Llegó el General donde estábamos Tordesillas y yo, ocultos a la vista de los demás asistentes por un matorral espeso. Con voz displicente dijo a su ordenanza:

-Ricardo, el caballo.

Éstas fueron las últimas palabras que pronunció en el mundo de los vivos... En el momento de cruzar la pierna derecha por la grupa del caballo, una bala, que lo mismo pudo venir del cielo que del mismo infierno, le atravesó el corazón. Con débil gemido expiró el primer soldado español de aquellos maldecidos tiempos”<sup>11</sup>.

Sus restos descansan en el Panteón de Hombres Ilustres de la Basílica de Atocha.

## 6. UNA REFLEXIÓN FINAL A MODO DE EPÍLOGO

En las líneas anteriores he obviado aspectos importantes de la personalidad de Manuel Gutiérrez de la Concha intencionadamente. En parte, lo digo al principio, porque hay quien puede hacerlo con más conocimiento. Pero también porque, como reza el título, se trataba de hablar del marqués del Duero desde la perspectiva del general liberal, centrándome en su figura militar.

Durante muchos años, y quizá aún nos quede un resabio de ello, al hablar de la España de los generales la referencia a los “espadones” implicaba un cierto matiz despectivo. Como si habláramos de militares que gobernaban España a golpe de sable, sin más recurso que la autoridad cuartelera. Posiblemente ello se deba en parte a la imagen que la literatura nos ha legado. Los Galdós, Baroja o Valle

<sup>10</sup> La campaña queda narrada en la obra *Relación histórica de la última campaña del marqués del Duero. Homenaje de honor militar que tributan a la memoria de tan esclarecido caudillo*, de la que son autores Miguel de la Vega Inclán, jefe del Estado Mayor General del Ejército del Norte, José Castro López, coronel encargado de la sección topográfica de dicho Ejército, y Manuel Astorga, ayudante de campo del general Concha. En el transcurso de estos días, al pasar por Logroño, visita a Espartero, ya octogenario. No deja de ser llamativo el hecho de que Manuel tenga este gesto de deferencia con el anciano general, tanto tiempo enemigo político, y que pocos años después, a raíz de la muerte de Jacinta en junio de 1878, su hermano José, casado con la hermanastra de la princesa de Vergara, fuera tan poco escrupuloso en los asuntos relacionados con la herencia de su mujer.

<sup>11</sup> PÉREZ GALDÓS, B.: “De Cartago a Sagunto”, en *Episodios Nacionales*, Madrid, Urbión/Hernando, 1976, p. 46.

*Sus conocimientos  
excedían con mucho  
a lo puramente  
militar.*

*Era de los pocos  
hombres públicos  
que se tomaba la  
molestia de estudiar  
los asuntos que  
se debatían en las  
Cortes*

Inclán, cada cual en su estilo y con sus antipatías personales, han contribuido a ello en buena medida. Pero también, en buena medida, hayamos hecho extensivas a esta época, que se cierra con la restauración de los Borbones en 1874, las características que han presidido el intervencionismo militar en la España del siglo XX.

Y este es un grandísimo error. Entre otras cosas porque, con sus virtudes y sus defectos, los espadones del periodo

central del siglo XIX, eran también políticos. Y algunos de ellos con una talla que nada tenían que envidiar a la de muchos líderes del ámbito civil. Pertenecían a un partido y utilizaban su prestigio personal para llevarlo al poder, aplicando una fórmula que nos puede parecer desafortunada desde nuestra perspectiva actual, pero que –y esto no podemos dejar de tenerlo en cuenta– formaba parte de un sistema político en proceso de maduración, deudor de las carencias propias de un país en guerra permanente durante los cuarenta primeros años del siglo, y con un escaso desarrollo social y económico.



Escultura del marqués del Duero, de Santiago de Santiago, 1995, San Pedro Alcántara.

FOTOGRAFÍA: Jose L. Casado, 2004

Ha sido fácil denostar a estos personajes. Espartero nos ha sido presentado como un hombre ignorante, pero lo que hoy sabemos de su vida doméstica y de los fondos de su biblioteca personal, desdice esta imagen. Y Narváez, aún por rescatar del desconocimiento, tiene en su haber como, demostró Pabón y nos recordó Seco Serrano, un bagaje de realizaciones que por sí solo debería bastar para poner en duda la imagen con la que ha pasado a la posteridad.

En términos generales, algo así ocurre con todos ellos. Los conocemos por sus hechos militares, pero los condenamos por su actividad política. Y obviamos algo que, conforme nos vamos aproximando a sus figuras, va siendo cada vez más evidente.

Es el caso de Manuel Gutiérrez de la Concha. En estas líneas hemos hablado algo acerca de su figura como militar; podríamos hablar mucho más sin duda.

Pero no podemos olvidar que, aunque no fuera una figura de primera fila en la política, tiene una trayectoria que nos lo presenta como un hombre con conocimientos que excedían con mucho a lo puramente militar. Que era de los pocos hombres públicos que se tomaban la molestia de estudiar los asuntos que habían de debatirse en las Cortes, y que sus intervenciones ponían de manifiesto que sabía de qué hablaba.

Y que, junto a todo ello, y como quienes se han aproximado con cariño a su figura ya han puesto de manifiesto, fue un hombre de empresa en muchos aspectos adelantado a su tiempo, demostrando poseer unas dotes que por sí solas le hubieran hecho destacar al margen de su trayectoria militar<sup>12</sup>.

En el caso del marqués del Duero, como ocurrió con Espartero y quizá algún día ocurra con Narváez o con O'Donnell, el estudio biográfico es un requisito indispensable para comprender, no ya al personaje, que ya de por sí resulta apasionante, sino un periodo especial de nuestra historia reciente sobre el que se han escrito muchos lugares comunes, pero que está necesitado de mucha investigación todavía.

El mejor epílogo a la figura de Manuel Gutiérrez de la Concha, uno de los generales que colaboró a que España tuviera un sistema político constitucional, sería un estudio biográfico que abordara su personalidad desde todos los puntos de vista, y lo rescatara –a él y a su época– de un olvido o, lo que es peor, de un conocimiento deficiente. ■

*Fue uno de  
los generales  
que colaboró  
a que España  
tuviera un  
sistema  
político  
constitucional*

<sup>12</sup> Remito en este sentido a los estudios de Casado Bellagarza y Gutiérrez Álvarez, citados en la primera nota de este texto.